

DÉJAME QUE TE CUENTE

SERIE **CLÁSICOS MODERNOS**



ANDARIEGA Y CURIOSA: LAURA EN ESTADOS UNIDOS Y EUROPA

BASADA EN
CRÓNICAS PUBLICADAS EN
*DIARIO DEL HOGAR, EL IMPARCIAL, EL MUNDO,
EL MUNDO ILUSTRADO Y REVISTA HISPANO-AMERICANA,
ENTRE 1895 Y 1909*
DE LAURA MÉNDEZ DE CUENCA



LAURA MÉNDEZ LEFORT

PROFESORA Y ESCRITORA MEXICANA, PUBLICÓ LOS LIBROS *EL ESPEJO DE AMARILIS* (NOVELA, 1902), *EL HOGAR MEXICANO*, *NOCIONES DE ECONOMÍA DOMÉSTICA* (MANUAL, 1907), *SIMPLEZAS* (CUENTOS, 1910) Y *ÁLVARO OBREGÓN* (BIOGRAFÍA, CA. 1919), Y EDITÓ EN ESTADOS UNIDOS LA REVISTA *HISPANO-AMERICANA* (1894-1895). TAMBIÉN COLABORÓ ASIDUAMENTE CON ARTÍCULOS, CRÓNICAS, CUENTOS Y POEMAS EN VARIOS DIARIOS Y REVISTAS DE MÉXICO Y EL EXTRANJERO. PARTICIPÓ EN LOS CÍRCULOS INTELECTUALES MÁS RELEVANTES DE LA REPÚBLICA RESTAURADA Y EL PORFIRIATO, DONDE GOZÓ DEL RECONOCIMIENTO DE SUS COLEGAS DE PLUMA.



LETICIA ROMERO CHUMACERO

ES PROFESORA-INVESTIGADORA EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y DOCTORA EN TEORÍA LITERARIA POR LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA – IZTAPALAPA. ES AUTORA DE LIBROS SOBRE ESCRITORAS MEXICANAS DEL SIGLO XIX, TALES COMO *UNA HISTORIA DE ZOZOBRA Y DESCONCIERTO. LA RECEPCIÓN DE LAS PRIMERAS ESCRITORAS PROFESIONALES EN MÉXICO (1867-1910)* (2016), *LA PLUMA ES PARA MI ALMA UNA NECESIDAD. TESTIMONIOS DE MUJERES SOBRE ESCRITURA CREATIVA (MÉXICO, 1866-1910)* (2017) Y *LAURA MÉNDEZ DE CUENCA (1853-1928): NUEVE ESTAMPAS EN TORNO A UNA ESCRITORA SINGULAR* (2018).





Directorio

.....

Rector General Gustavo Pacheco López
Secretaria General Esthela Irene Sotelo Núñez

Rectora Unidad Iztapalapa Edith Ponce Alquicira
Secretario General Javier Rodríguez Lagunas

Directora de la División de CSH Sonia Pérez Toledo
Jefa del Departamento de Filosofía Martha Ortega Soto

Coordinación de la colección Alma Mejía

Edición y formación Ana Barriga Montoya

Primera edición: 2026

© Ana Barriga Montoya (Ilustraciones)
D. R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa, Av. Ferrocarril San Rafael Atlixco, número 186, 1a. sección. Col. Leyes de Reforma.
Alcaldía Iztapalapa. C.P. 09310, Ciudad de México.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluidas las ilustraciones, el diseño de interiores y de portada—
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el
consentimiento escrito del autor o del editor.

ISBN de la obra: 978-607-28-3648-8

Impreso en México / Printed in Mexico

COLECCIÓN

DÉJAME QUE TE CUENTE

SERIE **CLÁSICOS MODERNOS**

ANDARIEGA Y CURIOSA: LAURA EN ESTADOS UNIDOS Y EUROPA



BASADA EN
CRÓNICAS PUBLICADAS EN

*DIARIO DEL HOGAR, EL IMPARCIAL, EL MUNDO,
EL MUNDO ILUSTRADO Y REVISTA HISPANO-AMERICANA,
ENTRE 1895 Y 1909*

DE LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

ADAPTACIÓN DE
LETICIA ROMERO CHUMACERO

ILUSTRACIONES DE ANA BARRIGA MONTOYA





**PARA GRACIELA IRMA CHUMACERO,
QUIEN SIEMPRE ME IMPULSÓ A VIAJAR
DENTRO Y FUERA DE LOS LIBROS**

LETICIA ROMERO CHUMACERO

NOS CUENTA:

LAURA MÉNDEZ LEFORT NACIÓ EN EL ESTADO DE MÉXICO EN 1853 Y FALLECIÓ EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN 1928. ADOPTÓ EL APELLIDO DE SU ESPOSO, TAL COMO SE ACOSTUMBRABA EN AQUELLOS AÑOS, Y COMENZÓ A FIRMAR COMO *LAURA MÉNDEZ DE CUENCA*. A LO LARGO DE SU FRUCTÍFERA VIDA TUVO LA OPORTUNIDAD DE ESTUDIAR EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS PARA MUJERES, EL CONSERVATORIO NACIONAL DE MÚSICA Y LA ESCUELA DE ALTOS ESTUDIOS. EN ESOS LUGARES REUNIÓ LOS CONOCIMIENTOS ADECUADOS PARA DAR CLASES DE PRIMARIA, PRIMERO, Y EN LA NORMAL DE PROFESORAS, DESPUÉS. TAMBIÉN SE DEDICÓ PROFESIONALMENTE A LA LITERATURA, A TRAVÉS DE LA PUBLICACIÓN DE NARRACIONES Y POEMAS EN DIARIOS, REVISTAS Y LIBROS, TANTO EN MÉXICO COMO EN EL EXTRANJERO.

SU CAPACIDAD EXPRESIVA, ASÍ COMO SUS DOTES MAGISTERIALES Y ADMINISTRATIVAS, FAVORECIERON QUE EL GOBIERNO DEL PRESIDENTE PORFIRIO DÍAZ LA CONTRATARA PARA LLEVAR A CABO INVESTIGACIONES SOBRE ESTRATEGIAS EDUCATIVAS DE OTROS PAÍSES. ASÍ FUE COMO VISITÓ LAS CIUDADES NORTEAMERICANAS DE SAN FRANCISCO, CALIFORNIA, Y SAINT LOUIS, MISSOURI, Y LAS EUROPEAS BERLÍN, BRUSELAS, KARLSBAD, LONDRES, MADRID, PARÍS, ROMA Y VIENA, ENTRE OTRAS.

ESOS VIAJES LE PERMITIERON EVALUAR SU PATRIA DESDE FUERA, MUCHAS VECES EN FORMA CRÍTICA. TAMBIÉN HICIERON POSIBLE QUE CONOCIERA Y DISFRUTARA LA TECNOLOGÍA RECIENTE (EL METRO LONDINENSE, LOS ELEVADORES, EL ZEPPELIN, LOS AUTOMÓVILES Y BICICLETAS, LA LINTERNA MÁGICA —ANTECEDENTE DEL CINE— Y EL TELÉGRAFO), ASÍ COMO ALGUNAS DE LAS NOVEDOSAS IDEAS EXPRESADAS EN OTROS PAÍSES (EL SUFRAGISMO, LA IMPORTANCIA DE LA HIGIENE O EL RESPETO A LOS ANIMALES). GENEROSA, DECIDIÓ COMPARTIR SUS HALLAZGOS MEDIANTE CRÓNICAS IMPRESAS EN LOS PERIÓDICOS QUE CIRCULABAN EN MÉXICO. ASÍ FUE COMO ESA INCANSABLE ESCRITORA, PROFESORA Y VIAJERA, DEJÓ TESTIMONIO DE SU PASO POR EL MUNDO Y DE LA MANERA COMO ESE MUNDO IBA CAMBIANDO AL CONCLUIR EL SIGLO XIX E INICIAR EL XX.

ÍNDICE

I. Lugares y costumbres

La muñeca de hule y los fantasmas	8
Castillos en la escuela	10
El desfile de Benito Juárez	12
San Francisco, California, antes Yerba Buena	14
Una elección presidencial en Estados Unidos	16
Thanksgiving Day	21
Santa Claus en Norteamérica en 1896	24
1908: San Nicolás en Alemania y Santa Claus en Inglaterra	27
Un breve paseo por París	33
Verbena madrileña	41

II. Descubrimientos

La primera vez que viajé en Metro	45
El ascensor	48
Zeppelin	50
Isadora Duncan, Rita Sacchetto	56
El ballet ruso y el Zar Nicolás Romanov	58
Caruso en Nueva York	60
Las nuevas mujeres mexicanas	63

Glosario	66
----------	----



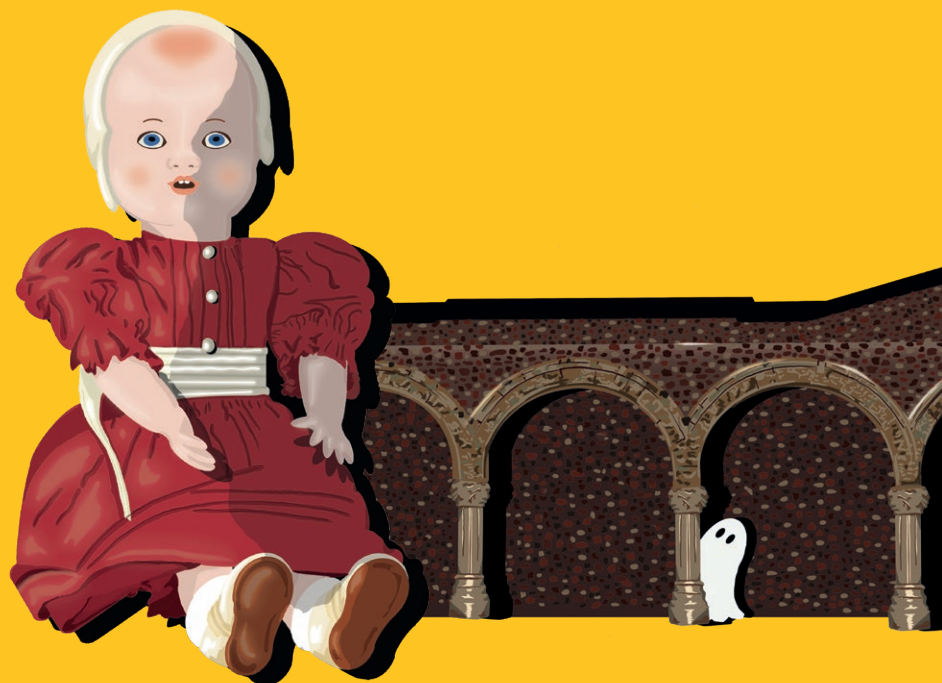
I

LUGARES Y COSTUMBRES

LA MUÑECA DE HULE Y LOS FANTASMAS

DURANTE TODA MI INFANCIA FUI, IGUAL QUE TÚ, UNA CRIATURA CURIOSA. Crecí en el pueblo de Tlalmanalco, en el Estado de México. “¡Laura!”, me llamaban para ir a comer o hacer tareas, en vez de mirar el reflejo de la luna retratada en la corriente LÍMPIDA del río, que se colaba por debajo de un paredón hasta el ancho patio de mi casa. Me buscaban, pues sobraban motivos para distraerme con mis hermanas y hermanos. Apenas cruzando el patio, por ejemplo, podíamos visitar una gran fábrica de AGUARDIENTE y un molino de trigo: ahí, el río ponía en movimiento a una rueda de vasijas coloradas, que debe haber hecho en sus giros alguna cosa de provecho, aunque nunca supe qué. Era 1857 y tenía yo cuatro años cumplidos. Como mi muñeca de hule tenía también colorado el vestido, la similitud de color con el de la rueda fue lo único que me llamó la atención. Aunque, a fuerza de verla, contando sus chorros aprendí las primeras nociones del número.

Más allá de la plaza con sus árboles y su río, y el molino y fábrica que componían mi casa, estaba el cementerio. Lo recordaba y me hacía temblar, no porque fuera más pavoroso y triste que otros camposantos, sino por las narraciones que oía a las niñas de la escuela, donde siempre eran muertos los protagonistas. Cuando sonaban las ocho de la noche me enviaban a acostar. Entonces yo empezaba a ver



en mi imaginación deshacerse los montones de tierra que remataban las sepulturas, y abrirse unos **BOQUETES** por donde salían esqueletos **MONDOS** o difuntos **AMORTAJADOS**. El miedo no me dejaba dormir.

Sin embargo, no todo en casa era sobresalto. Pared de por medio, junto de mi alcoba, que por cierto era de un tabique bien delgado, quedaba la sala donde se reunían algunos amigos de mis padres. Conversaban, jugaban o discutían los horrores de la revolución, era una verdadera **TERTULIA** casera. Algunas noches no pasaban de tres los participantes: mis **PROGENITORES** y un caballero español que tocaba la guitarra y entonaba **COPLAS** de viva voz. Otras veces, en vez de música hacían comedia, bien representando o bien leyendo. Entonces no me acordaba yo de los difuntos; me ponía a escuchar el canto o la lectura, con lo cual pronto sentía como si me pusieran **BELEÑO** en los ojos. ¡Qué ricamente dormía yo en aquel tiempo!

CASTILLOS EN LA ESCUELA

ADEMÁS DE CURIOSA, FUI IMAGINATIVA. En la misma época en que jugaba con la muñeca de hule, tuve una pizarra donde solía retratar a mis amigas o, mejor dicho, pintarraजार unas monas que, gracias al poder de la imaginación, se me representaban mis amigas en carne y hueso. En la dicha pizarra y también con el auxiliar valioso de la fantasía, veía yo surgir palacios, castillos y fortalezas del MAREMÁGNUM de líneas quebradas y mixtas, enmarañadas entre sí, que trazaba durante los diez minutos de asueto que la maestra nos daba forzadamente, o “a revienta cinchas”, como decía ella. Mientras tanto, desde el balcón de la sala de la escuela, al través de unos anteojos de teatro, la maestra miraba alejarse al profesor de música, un viejo francés muy mal hablado a quien Cholita, la COTORRONA directora del plantel, era muy aficionada.

Los palacios, castillos y fortalezas que yo veía en mi trabajo a PIZARRÍN tenían cierto parecido con los cuentos que una anciana vecina me narraba en casa. Así, de viva voz, eran más expresivos los diálogos entre hadas y príncipes, más siniestras las amenazas de los genios maléficos. Yo trataba de dar toda la posible realidad a los castillos que imaginaba en mis ensayos de arte, copiando pródigamente de cuanta estampa me venía a mano. No carecían de detalles arquitectónicos, pero mi mente no sabía qué podía haber tras los POSTIGOS o las angostas TRONERAS. Desconocía los mil VERICUETOS que debía recorrer para darse cuenta del plano del edificio y del decorado y mueblaje de las salas y demás habitaciones, así que salía del viaje imaginario dolida, a devorar en silencio la humillación. En realidad, de lo que había en el interior de un castillo, aparte de las manos negras que servían banquetes y preparaban lechos de oro y plata a príncipes perdidos en el bosque, nunca supe media palabra.

Hasta que... varios años después, pude visitar por primera vez un castillo de verdad. Fue el de San Juan de Ulúa, en Veracruz. No tenía que ver con príncipes ni hadas. Aquel castillo, construido para la heroica defensa de la ciudad, ¡se había convertido en una prisión!

EL DESFILE DE BENITO JUÁREZ

DE TLALMANALCO, MI FAMILIA SE TRASLADÓ HACIA LA CIUDAD DE MÉXICO. Alguna vez, desde el balcón de la casa que habitamos ahí, pude ver a los soldados de la República que venían de los funerales de la intervención francesa y del Imperio de MAXIMILIANO DE HABSBURGO: los soldados ZACAPOAXTLAS, de huarache y sombrero de palma, de fusil de chispa y machete SURIANO, que desfilaron junto a BENITO JUÁREZ, cuando éste entró triunfante a la capital del país, en 1867. Desde todos los balcones colgaban banderas tricolores y soltábamos pétalos de amapolas para celebrar esa porción de gloria, pues no era otra cosa que gloria, gloria, gloria, lo que queríamos aventarles.



SAN FRANCISCO, CALIFORNIA, ANTES YERBA BUENA

ESE AMOR POR MI PAÍS ADQUIRIÓ OTRAS CARACTERÍSTICAS CUANDO, AÑOS MÁS TARDE, ESTUDIÉ PARA SER PROFESORA Y EJERCÍ ESA LABOR EN COLEGIOS DE NIÑAS. Luego, casada y con hijos, tuve ocasión de visitar varias ciudades del país, antes de viajar al sur de Estados Unidos de Norteamérica, en 1891. Para entonces ya era viuda y llegué a San Francisco, en el estado de California, con la intención de escribir libros educativos e impartir algunas clases de español a ANGLOPARLANTES.

Una vez ahí, me maravilló saber la historia de esa la ciudad, que había crecido en muy poco tiempo. Apenas en 1844 había catorce casitas de adobe alrededor de la Misión de Dolores, cuando California aún era territorio mexicano. Eso encontraron unos cuantos aventureros ingleses al llegar al puerto de San Francisco, llamado en aquel entonces Yerba Buena. Después de la guerra entre México y Estados Unidos, desarrollada de 1846 a 1848, todo aquello fue cedido a este último país. Medio siglo más tarde, las casitas originales habían sido sustituidas por suntuosos palacios levantados por millares en todas partes. Entre lo que podía verse cuando conocí la ciudad, y lo que había antes, existía la diferencia que hay entre cielo y tierra, entre vida y muerte, entre progreso y atraso intelectual y moral.

Los silenciosos senderos apenas escombrados de tristes CHAPARRALES, por donde antaño transitaban pacíficos asnos y cansados VIANDANTES, amén de algunas carretas tiradas por mulas o por bueyes, habían sido convertidos por la industriosa mano de los norteamericanos en amplias calles, anchas avenidas, cultivados parques. Al asno y mulo siguieron sucesivamente los tranvías de tracción animal, de cable y eléctricos. El adobe fue remplazado por la madera, el hierro y el granito. Y lo que fue el centro de la comunidad cristiana, después conservado como recuerdo histórico, cedió a su vez el paso a catedrales GÓTICAS O SINAGOGAS BIZANTINAS.

Del ensanche que adquirieron los negocios en el comercio por las frecuentes relaciones que tenían con el resto del litoral del Pacífico, derivó una evolución repentina que impulsó no sólo a San Francisco sino a California entera. Precisamente en esa época edité y publiqué la REVISTA HISPANO-AMERICANA, con la intención de incentivar el comercio entre América Latina y Estados Unidos. ¿Quién dice que una mujer no puede opinar sobre esos temas? Si San Francisco cambió, ¿por qué nosotras no?



UNA ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN ESTADOS UNIDOS

HOY PARECE MENTIRA, PERO EL COMERCIO Y LA POLÍTICA ERAN TEMAS VEDADOS A LAS MEXICANAS; POR ESO LOS ABORDÉ EN LAS CRÓNICAS QUE ENVIABA A PERIÓDICOS MEXICANOS. Me gustaba mostrar a mis compatriotas las costumbres ajenas, porque siempre es bueno saber qué hace el vecino para evaluar, desde ángulos nuevos, lo que hacemos nosotros. Así fue como decidí elaborar la crónica de la elección presidencial del 3 de noviembre de 1896, en Estados Unidos, cuando el demócrata WILLIAM JENNINGS BRYAN fue derrotado por el republicano WILLIAM MCKINLEY: Durante la mañana de la elección hubo una vistosa parada, o desfile, como lo llamamos en México. Los asistentes podían ver los carros que representaban la industria local, algunos de ellos muy artísticamente dispuestos, y también carros alegóricos no muy pintorescos. Sea dicho de paso, uno de éstos fue preparado por el grupo de mujeres que querían votar, las cuales sufrieron una nueva derrota en las URNAS electorales, no obstante la ruda tarea que en los últimos cuatro años se echaron auestas dos SUFRAGISTAS, la reverenda Ana Show y MISS SUSSIE B. ANTHONY.

En el centro la procesión fue vitoreada con entusiasmo, se oían hurras por todas partes; algunas mujeres saludaban desde los balcones con pequeñas banderas y otras agitaban sus pañuelos. Los chiquillos y los muchachos soplaban a pulmón lleno esos desapacibles silbatos que muestran el colmo del regocijo americano en las grandes fiestas. El desfile duró cuatro horas, habiendo marchado cuarenta y cinco mil hombres, quienes recorrieron tres MILLAS de extensión.



Al final todo fue una gran venta de cintas de seda amarilla y de preciosos y frescos crisantemos, y muchos barriles de cerveza convertidos en montones de **NICKELES**, que es como se conocía ahí a las monedas de cinco centavos. Por la noche, las cantinas estaban **DE BOTE EN BOTE** y muchos de los dispuestos a dar su voto a McKinley sólo sabían que su candidato era de los **GOLD MEN**, los adinerados pues, y que tenía mucha **MOSCA** para que sus socios bebieran cerveza californiana esa noche y buen **WHISKY** el día de las elecciones.

Por fin llegó el gran día, quieto al parecer, asoleado y luminoso por parte del cielo. En cada casilla había más de media docena de felices mortales atendiendo, a cambio de unos ocho a diez pesos por el ratito. Y en silencioso y acampado desfile entraban y salían los electores. Los curiosos sólo podían ver por las ventanas a cada hombre inclinado sobre su libro, su papel o su urna, absorto en su labor. Como dije antes, las mujeres aún no tenían derecho a votar.

Las puertas estaban custodiadas por los policías (uno por cada casilla) y acaso uno o dos de la reservada, es decir, detectives. En cuanto a las cantinas, como es usual, permanecieron cerradas a piedra y lodo sus puertas principales, aunque la chiquita, la de atrás, la poterna, que no falta a las grandes entradas, giró blandamente y sin ruido todo el día de Dios, a ciencia y paciencia de los guardianes del orden público, que no encontraron justo regatear las deliciosas **LIBACIONES** del whisky y la cerveza a los cumplidos ciudadanos que tan diligentemente llenaban uno de los principales deberes del hombre civilizado. Además, consumir los licores nacionales no era más que poner en práctica la protección a la industria de ese país.



A poco de oscurecido, la multitud ÁVIDA de saber el resultado de las elecciones se ARREMOLINABA frente a los edificios en que estaban las redacciones de los principales periódicos de la ciudad, los cuales, con la oportunidad y DILIGENCIA que les es propia, servían al público sin darse punto de reposo. En un lienzo blanco y tirante que se había tendido verticalmente fuera de las ventanas, se hacían reproducir en enormes letras —por medio de una LINTERNA MÁGICA LLAMADA ESTEREOPTICÓN— los telegramas de los otros estados anunciando el resultado electoral, a medida que se iban recibiendo, y el gentío manifestaba su regocijo o su descontento a grito herido. A las once de la noche se anunció el triunfo probable del partido republicano; el frenesí de los gold men llegó a su colmo, y los demócratas se fueron, DE PICO MUY BAJO Y TRAGANDO GORDO, a devorar la pena de la decepción y la derrota.

Un día después, los telegramas de la mañana confirmaron el triunfo de McKinley: los gold men estaban de plácemes.

THANKSGIVING DAY

Y DE PLÁCEMES LUCÍA EL PAÍS ENTERO CADA AÑO, EL CUARTO JUEVES DE NOVIEMBRE, CUANDO LOS NORTEAMERICANOS CELEBRABAN *THANKSGIVING DAY*, O DÍA DE GRACIAS. Esto de señalar un día para dar gracias a Dios por la abundancia de las cosechas anuales, entiendo que sólo podía hacerlo ese pueblo infatigable, pues como no abandona a medias ninguna tarea, llega siempre a saborear las delicias del éxito en todo lo que emprende.

Aunque el Día de Gracias no era dedicado a la religión ni al misticismo, aunque lo esencial en él fuera la oración, también incluía festejos públicos y COMILONAS a lo día de fiesta. Por ejemplo, comer guajolote relleno con salsa de CRANBERRIES (arándanos) era de rigor, y sólo aquellos desventurados que estaban en vísperas de suicidarse por huir de la miseria, se la pasaban sin probar el famoso pavo de Indias. Pero estas comilonas no eran, en realidad, más que un pretexto para reunir a los parientes y gozar de los cariños de la familia y la dulzura del hogar. ¡Hogar y familia! Hermosas aspiraciones de ese gran pueblo que todo lo posee, menos esa dulce COYUNDA que nos ata constantemente al terruño que nos vio nacer, al árbol que nos sombreó la cuna.

El incesante viajar de los ricos los tenía siempre apartados de los suyos. Y en cuanto a los pobres, el trabajo los alejaba del hogar durante todo el día, y el desapego que este alejamiento fue engendrando en los lazos de familia, los separaba también durante las horas de velada. Además, la tendencia a enriquecer, que es innata en los norteamer-

ricanos, hacía que por economía cada uno prefiriera el **BOARDING HOUSE** (es decir, una pensión) y el hotel, a la casa en familia. Por la tercera parte de cualquier **JORNAL** se encontraban comodidades tres veces mayores en el boarding house, que si se empleaba el jornal entero en la propia casa. Y aquí los números son los que verdaderamente nos dan la norma de la vida.

Antes de la comida y del juego a hogar durante el **Thanks giving Day**, había que dar un paseíto al campo, y al partido de futbol, porque la pelota era para esas gentes lo que para nuestro pueblo los “toros”. Y recorrer **LEGUAS** vale tanto para nuestros “primos” como para nosotros levantarnos cuando el sol se halla en su punto culminante y la sopa humeante nos espera en el comedor. En efecto, en cualquier domingo nosotros solíamos dormir dos horas más, con el pretexto de que nada urgente teníamos que hacer, mientras que esos señores se pegaban un madrugón de padre y muy señor mío, para dar de regalo al cuerpo de nueve a doce millas de ejercicio a pie,



o de treinta a cuarenta en la bicicleta. Y en los días que repicaban recio, ya fuera con motivo de una fiesta cívica o de una semi-religiosa, se duplicaban las distancias. Los que gustábamos de la cama, llamábamos con desprecio salvajes a los norteamericanos, porque al verlos tan fuertes y forzudos les temíamos como a fieras; y ellos, cuando nos contemplaban tan anémicos y miserables, nos llamaban caritativamente el “pueblo del mañana”.

A la caída del otoño, cuando se llevaba a cabo el Día de Gracias, California tenía días magníficos: el sol bajaba como un regalo, y el aire, aunque frío, nos traía aromas de violetas blancas y PURPURNAS. Ese ambiente, saturado de olor a primavera, era un vestigio de que California se llamó México alguna vez, y aún conservaba en su fisonomía rasgos de familia.

SANTA CLAUS EN NORTEAMÉRICA EN 1896

OTRA CELEBRACIÓN PREDILECTA DE ESTADOS UNIDOS ERA LA DE NAVIDAD, Y LA PROTAGONIZABA SANTA CLAUS. Apenas se acercaban los días navideños, en el mes de diciembre, los chiquillos dejaban ver el regocijo de quien espera a un amigo fiel que no puede faltar a la cita. Porque Santa Claus era solamente amigo de los niños: los más pequeños, los más débiles y tiernos, los enfermitos y delicados; éstos eran los preferidos del viejo consentidor que traía la mar de juguetes para sus predilectos. Y los niños no cesaban en su inquietud, esperando con el ALBOROZO pintado en la cara.

¿Cómo vendría el cariñoso anciano esta vez? ¿Bajaría de la montaña helada a pie, y agobiado del peso de tanto y tanto dulce, de tanto y tanto paquete atado con cintas de colores? ¿Conduciría su carro tirado por un asnito egipcio,

o resbalaría en su trineo manejando por las riendas su doble CUADRIGA de renos?

Algún chiquitín lo habría visto en sueños recorriendo trabajosamente la ciudad para recoger de los buzones la correspondencia





infantil, y luego detenerse apoyado en el bastón, para leer, a la luz de un pico de gas o de un foco eléctrico, las consabidas peticiones. “Yo quiero un POLICHINELA”, “Yo, señor Santa Claus, pido a usted respetuosamente, una caja de música”, “A mí me gustaría un libro de cuentos de hadas con bonitas estampas de colores”, y así de este tenor, millares y millares de cartas diminutas donde campearían maravillosos esfuerzos ortográficos en competencia con incipientes arranques de pendolista, como los que escriben cartas por encargo en la Plaza de Santo Domingo.

El bueno del viejo, aseguraban los chicos, sacaba su enorme cartera y anotaba en interminable lista los antojos a cumplir. Y, sacudiéndose los témpanos de su rojo KAFTÁN y de su gorra de pieles de foca, continuaría su marcha de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, siempre NONAGENARIO y encorvado, siempre rodeado de duendes que le ayudaban a acarrear el ambulante almacén de CHUCHERÍAS. Aunque el TIEMPO ES DE PERROS, Santa Claus no perdería su cara bonachona y sonriente.

Pero por ciertos pormenores, no faltaba quien sostenía que, aunque a cada chico le satisfacía el gusto regalándole lo que pedía, a los hijos de los PRÓCERES Santa Claus les llenaba la casa de dulces en cartuchos de raso y muñecas vestidas de seda, en tanto a la PROLE de los desheredados apenas si le dejaba artículos de juguetería corriente.

Decían, también, que en hospitales y hospicios descargaba carretadas de caballos con las crines arrancadas, muñecos con las narices despostilladas y vajillas de China incompletas.

En todo caso, la naturaleza del buen anciano y su manera especial de trepar a los tejados para descolgarse por las chimeneas, permanecieron en el misterio. Nadie sabía cuándo entraba ni cuándo salía, pero se le veía que causaba lástima: aterido de frío constantemente, aunque se hallara repantigado al amor de la lumbre, rodeado de su inagotable montón de dulces y juguetes.

Yo no recuerdo haber visto en mi infancia a Santa Claus, quizá porque este amigo de las nieves teme los rigores de los países cálidos. Pero sí nos visitaban, unos cuantos días después de la Pascua, tres reyes que no eran menos generosos que Santa Claus, aunque anualmente fueron escaseando sus visitas hasta llegar a contarse por los dedos el número de los favorecidos por los reales huéspedes. ¿Por qué? Dígalo quien sepa la causa. Yo de mí sé decir que desde que los niños fumaron y los adolescentes juraron y, para cantar los ardores de la juventud que se desbordaba, se inspiraron en el AJENJO, es decir, en la musa verde de ALFRED DE MUSSET, los Santos Reyes ya no vinieron a México a traernos dulces ni regalos.

¡Qué lejos habían quedado nuestras posadas de otros tiempos, la alegre Noche Buena y los festejos del último día del año!

1908: SAN NICOLÁS EN ALEMANIA Y SANTA CLAUS EN INGLATERRA



HOY ES DIFÍCIL QUE ALGUIEN NO CONOZCA A SANTA CLAUS, PERO ¿Y A SAN NICOLÁS? Hay algunas diferencias entre ellos y pude descubrirlas porque, así como me tocó ver las celebraciones navideñas en Norteamérica, disfruté años después las inglesas y las alemanas. Aquí te las cuento:

En ambos casos, las reuniones tenían lugar en una sala y eran un recuerdo de aquellas que los antiguos DRUIDAS efectuaron siglos atrás. El árbol se decoraba con banderolas de mil colores, fabricadas para la ocasión, y mil monadas de trapo, papel, metal, vidrio, barro, madera y porcelana con que la industria infatigable proveía. Todo eso se colgaba de las ramas, alternándose con candelillas de colores y globos de luz incandescente.

También se hacía un DOSEL o cortina de cualquier otro follaje con el que era sustituida la planta sagrada de los antiguos, el muérdago, a veces por su escasez, a veces porque su precio era subido en el mercado. En vez de nieve, se hacían copos de algodón para remedarla y para adornar con ellos el Nacimiento, el árbol, o lo que se hubiere preferido como símbolo de la fiesta legendaria. Hilos de plata imitaban

los de escarcha de veras, y prismas de vidrio los témpanos, que como flecos primorosos colgaban allá fuera, igual de los troncos escuetos que de los árboles perennes o de los alambres de telégrafo.

Santa Claus y San Nicolás, los dos buenos viejos amigos de los niños en Inglaterra y Alemania, respectivamente, se diferenciaban en algo esencial: San Nicolás andaba a pie por los bosques, en compañía de algunos ángeles que le ayudaban a cargar los regalos de los niños. Él mismo llevaba poquísimos, los que le cabían en la mano izquierda,

pues con la otra empuñaba un manojo de varas con que azotar a los chicos que no habían cum-

plido con sus deberes de cristianos y no podían repetir sus oraciones cuando

él lo pedía. A la espalda llevaba

un saco de ALFAJORES y nueces,

pues sabía que a los alemanes

les gusta comer sin cesar, y

él pensaba que regalarles

el pico es el mejor agasajo

que podía hacérseles.

Santa Claus era más al-

truista y, probablemente, más

rico también. Hacía acopio de todo

lo que la Naturaleza producía, lo

que la industria inventaba, lo que

el arte creaba. Cargaba después

con ello algún vehículo de fondo

INCONMENSURABLE y las enor-



mes ALFORJAS que él mismo se echaba a cuestras, y atravesaba caminos muy largos en el trineo tirado por rengíferos, es decir, por renos, en DILIGENCIA de doble tiro, o en el automóvil de la marca que acababa de recibir premio en la última exposición. Santa Claus daba a manos llenas. No preguntaba “quién reza, quién cumple con éste o aquel deber”, sino “quién sufre, quién llora, quién ha MENESTER”. Y no sólo llevaba personalmente los AGUINALDOS, sino que los mandaba llevar a muchos ayudantes a su servicio, y tenía tanto tino... ¿que hay un enfermo?, pues Santa Claus le enviaba medicinas; ¿un hambriento?, pues provisiones a manos llenas. Al escaso de recursos le ayudaba con lo más necesario para sacarle del ahogo. Por eso, cuando Santa Claus estaba para llegar a alguna ciudad, los ricos que la habitaban abrían sus arcas, para que el buen viejo metiera las manos hasta el codo. ¡Qué dádivas salían del tesoro de los magnates!: a este hospital, tanto; a aquel orfanatorio, cuanto; ropa al de aquí, dinero al de allí, una tonelada de carbón al de más allá. ¿Y los niños? ¡Ah!, pues para los niños, todo: al bueno por serlo, dulces y juguetes; al malo, para estimularlo al bien, juguetes y dulces.

A su vez, el germano San Nicolás entraba por el patio y acechaba, espiando por las ventanas, cómo se portaban los niños a quienes quería agasajar. Se le miraba frecuentemente en lucha con su conciencia, como los jueces honrados que tienen ante sí un veredicto condenatorio, sobre que hacer hincapié para la sentencia. Santa Claus se colaba muy a lo callandita por las chimeneas, en las alcobas de los niños dormidos. Dejaba sus paquetes y, con destreza de acróbata, se marchaba por donde había llegado.



A San Nicolás lo deseaban los niños, pero al mismo tiempo le temían por el látigo amenazador. A Santa Claus le amaban, soñaban con él y lo esperaban. ¡Estaban tan seguros de su llega anual!

Así como existía contraste entre los dos buenos viejos, la había también en el carácter de los pueblos que respectivamente aquellos patrocinaban. Ambos consagraban la fiesta de Navidad a la santificación de la familia; pero, mientras que el anglosajón ponía en el centro, como figura principal, a los niños, el alemán cedía ese sitio de honor momentáneo a los criados, a los que la fortuna castigó con hacerlos nacer en baja condición social, esfera que, en Europa, ¡ay!, estaba metida en un pozo de donde no se salía más que por la emigración o por la muerte.

Los sirvientes alemanes eran humildes, respetuosos, diligentes, cumplidos, sin que los amenazara la vara del capataz, resignados por educación a los caprichos de la suerte, y poseían la responsabilidad consciente de sus obligaciones domésticas. Trabajaban mucho, ganaban poco. Todos, antes de ponerse a servir, se habían echado a cuestras la escuela elemental, como quien dice siete años u ocho de ejercicio de descortezamiento, para quitarse el pelo de la DEHESA. Pues a estos leales, a estos esforzados ADALIDES en la lucha de la vida, consagraba Alemania una noche de sincero regocijo: la de Navidad.

El día de Noche Buena, a cada criado de una casa se le ponía en la sala una mesa, y sobre ella se iban colocando durante el día los varios regalos de cada uno de los miembros de la familia. Después de la cena, se los llamaba, y el amo, o sea el jefe de la familia, hacía el ofrecimiento de aguinaldos, los cuales, no siendo BAGATELAS con que los donantes habían querido salir del paso, sino prendas de ropa

que por su valor representaban un gasto extraordinario hecho en favor de los agraciados, llenaban a éstos de contento y gratitud. Esta muestra de aprecio de los amos no ENSOBERBECÍA a los servidores, ni los tornaba en remisos ni igualados. Ponían lo mejor de su corazón en agradecer y estrechaban con cariño la mano generosa que había bajado hasta ellos abierta y franca.

Y cuando uno andaba de paso y miraba esas escenas de comunicación espiritual, el acercamiento de dos almas que parecían distantes, atraídas por la simpatía y el amor, sentía pena de no haber visto esas cosas buenas en la patria querida, donde se trataba a los criados como ALIMANAS, ni siquiera como a perros. Mientras las muchachas germanas se retiraban llevándose sus aguinaldos, modestas, conmovidas, con los ojos arrasados de lágrimas, yo pensaba en México, en nuestras gentes, y me preguntaba: “¿por qué somos así?”

UN BREVE PASEO POR PARÍS

HOY TE PROPONGO CONOCER PARÍS COMO LO HICE YO EN 1907. Entremos a la ciudad en las primeras horas de una mañana de ESTÍO, cuando la temperatura es grata y convida a los dormilones a salir de las sábanas. El pueblo, que es la mayoría, el pueblo, que es el que imprime carácter en las naciones, hierve en la calle francesa entregado a sus varios menesteres, ignorante de que es buscado con solicitud por millares de turistas, para ser puesto de una vez en el PINÁCULO convencional de la fama. ¿Qué fama? La que nadie osa discutir por temor de que le tilden de bárbaro: la fama de París como centro de la civilización occidental.

El coche que nos conduce al hotel tiene su correspondiente taxímetro que va marcando el precio de la carrera, a medida que crece la distancia. Pero, no obstante que los muelles del vehículo son de lo mejor, el caballo de tiro excelente y la pavimentación de las calles no deja que desear, el vehículo apenas rueda al paso. Porque el mañoso automedonte, o conductor del carruaje, ha notado que su carga viene de EXTRANJIS y hay que apretarle la naranja para que suelte los cuartos hasta no dejarle ni cara donde hacerse cruces. A esta villanía cocheril debo el haber recorrido la ciudad entera a paso de convoy fúnebre y asistido al despertar y el desperezarse del gran París. Mis ojos ven y mi razón comenta.

Vamos primero de Norte a Sur, luego de Oriente a Ocaso. Pasamos por calles estrechas, por anchos bulevares, a la vera del río, o sobre los hermosos puentes que lo cruzan, pasando por la puerta de todos los hoteles de París, excepto el pícaro deseado: tal parece que éste, en que hemos de alojarnos, se halla escondido como la gruta del Pájaro Azul de los cuentos infantiles.

Mientras encontramos el camino recto a nuestro albergue, vemos a la orilla de las aceras los canastos de la basura parisiense, alineados y descubiertos, rebosados de materias en descomposición. Los porteros los volcan sobre el EMBALDOSADO, para hacer a dos manos la selección de los desperdicios que, como en algunos otros países, ya es de rigor que vayan clasificados en los carros de desecho. Los perros que pasan tirando de los carros de verduras ensanchan las fosas nasales con antojo y siguen su camino, melancólicos. El bozal y la carreta a que están uncidos los privan de participar del festín.

Por la acera van y vienen mujeres, que llevan en el sucio delantal recogido cuantas piezas de pan pueden acarrear, para venderlo a hombres que abrazan un rollo de teleras casi de una vara de largo, BAGUETTES las llaman. Muchos transeúntes salen ya de las panaderías y llevan su bolillo al hombro A GUISA de escopeta, mientras las mujeres se lo meten en el arca, apretándolo bien bajo el brazo y los chicos se lo ponen en la cabeza sobre la gorra revocada que les ha servido para sus juegos. Entonces pienso en lo que come París y en lo que tendré que comer yo, en pago de lo mucho que de la gran metrópoli me tengo prometido.

Lllaman a misa. ¡Contraste singular! Por todas las avenidas, en la ciudad que acaba de dar un buen trancazo a la tiranía monacal, afluyen procesiones de niñas encintadas, siguiendo a mujeres trajeadas con ropas monjiles. Van a la iglesia o salen de ella. Otros chiquillos, mayormente muchachos que corren hacia la escuela pública, con CARTAPACIOS y tesoros de libros en banderola, visten también unos delantales negros que parecen sotanas, muy lúgubres e impropios de la risueña edad. ¿Pues no dicen que el pueblo francés es alegre?

En nuestra lenta y forzada romería, volvemos a repasar los bulevares amplios, tirados a cordel, sombreados por OPULENTAS ACACIAS, por TILOS o lilas aromáticas. Se les ve el anhelo de ser elegantes, en sus hermosas construcciones, en los exquisitamente vistosos escaparates que limitan las banquetas a entrambos lados, en la ausencia total de alambres y rótulos ondulantes. Pero algo hay que los afea con rabia, algo que desdice la buena intención con que fueron hechos. El pero que no falta a ninguna obra cumplida se llama aquí descuido, INCURIA, o quizá desprecio a los extranjeros que vienen a embobarse en París y va-





ROCOPE



ciarse los bolsillos, repletos del oro de América. El pero consiste en los extranjeros mismos, quienes se gozan en pagar, con largueza, la porquería de la vía pública y los retruécanos groseros del cabaret.

Frente a las pequeñas mesas colocadas en fila que hay fuera del café cantante, creyendo contemplar a la Francia se sientan a contemplarse unos a otros individuos de todos los colores y de todas las razas: de PINGÜES riquezas, de mediano pasar, de ningunos bienes de fortuna; buscadores de arte y de ciencias, y perseguidores de una PESETA para desayunar o una ocasión con que sacar la tripa de mal año. Son las ocho de la mañana y ya empiezan a ocuparse los asientos. Es que el calor impulsa a muchos a refrescarse con AJENJO.

Como la procedencia de estos ocurrentes al café de bulevar es varia, diferentes son los tipos de razas que allí se ven, diversas las fisonomías y los vestidos. El africano de la cara de ÉBANO, con ese gorro de fieltro color de sangre conocido como fez, se destaca entre caras de blanco casi transparente y cabellos rubios de las británicas hijas de ALBIÓN. Un rostro de tez amarillenta y ojos pequeñitos, vivos y un tanto oblicuos, asoma su orgullo de japonés victorioso por entre un par de hombros cuadrados que pertenecen, respectivamente, a dos cultivadores de café, venidos de América a Europa de sopetón, sin preparativos previos, sin haber traspasado siquiera los umbrales de la escuela pública. Allí están sorbiendo sus limonadas aquellas pobres mujeres de la América Central, que acostumbran viajar en los barcos de vapor más elegantes, en peinador o ropa de levantar y más alhajadas que una ODALISCA. Allí están sonriendo las coristas que entraron

de buena fe en el templo del arte y salieron sin palma y sin gloria, para echarse por la calle de en medio.

Se miran unos a otros y se admiran o se envidian, y todos se forjan la ilusión de representar al genuino París de los sueños y las leyendas. Pero el verdadero París, el que bien valía una misa con toda la Francia, en el concepto de ENRIQUE IV, ese pasa a toda prisa a sus negocios sin parar atención en sus huéspedes de un día. El París honrado no es la agrupación abigarrada del bulevar que no desdeña pasar las horas muertas sobre la alfombra de serrín del pavimento, donde se amasan las colillas de cigarro con los escupitajos, donde el hedor del mingitorio se confunde con la fragancia de las flores de lis.

Cruzando la ciudad en todas las direcciones, en busca de ese bendito hotel, al que parece habérselo tragado la tierra, vemos hermosos jardines, palacios artísticos y edificios soberbios. Grupos de estudiantes aguardan ALBOROZADOS la hora de entrar en las aulas. Quienes van a las escuelas de artes bellas, quienes a las conferencias científicas, quienes en pos de los mil y mil ramos del saber humano en cuyo progreso sabe llevar Francia el estandarte... Ese sí que es el París de los sueños.

¡Ah! Al fin hemos llegado. Apenas vislumbrado el París intelectual que mi espíritu anhela, vuelvo toda mi atención a las menudencias de la vida: a despedir el coche de plaza, a ver por los sacos de mano, a arreglar las condiciones de nuestro breve hospedaje. Vamos de tránsito.

Otra vez vuelvo a imaginarme que he visto a la capital del mundo como un convidado madrugador la casa del banquete, pero no me desaliento. Con todo el optimismo de que soy capaz, espero la hora del festín: cuando la sopa humea en los platos, la cortina de la puerta del comedor se abre en dos gajos y el mayordomo aparece y me dice: MADAME EST SERVIE, la señora está servida.



VERBENA MADRILEÑA

TAMBIÉN VISITÉ MADRID EN DÍA DE FIESTA. Ahí, la iglesia de Santiago cuenta con una capilla donde apenas pueden apretarse cuatrocientas almas, y eso bien apretaditas, como las sufrientes del Purgatorio. Cuando la visité, en ese pequeño recinto se glorificaba al patrón **IBÉRICO** mediante una misa cantada, varias rezadas y, por la noche, con el rosario cantado en **FALSETA** y la procesión en el interior de la iglesia parroquial, todo ello con asistencia de los señores párrocos de esa villa y corte.

Por de contado, el comercio cerraba sus puertas, quedando sólo de par en par las de los comederos y refresquerías, y abrían las suyas los teatros, salones de recreo y el **COSO** taurino, que suele ser el principal encanto de las fiestas españolas. No hubo previos carteles en las esquinas anunciando los festejos en Madrid, como los anticipados que se vieron por todas partes para la feria de Compostela, asiento del patrón tutelar ibérico, ni como los que, en el poblado de Vich, Barcelona, se hicieron a otro miembro de la corte celestial. Pero, como quiera, a Santiago todo buen español lo recuerda en sus alabanzas y en sus juramentos, y es popular ahí tanto como la Virgen de Guadalupe en México, así que casi en secreto o, como decíamos entonces, **A LA CALLANDITA**, cada quien iba a festejarlo cuando le llegaba su día, sin que fuera menester llamamiento de campanas ni invitación el 25 de julio.

Fuera de la iglesia de Santiago, en la gradería, los **MENDIGOS** se habían multiplicado y algunos hasta llevaron sus sillas para disfrutar de comodidad, mientras ejercían su **LUCRATIVO** oficio. Y de las

gradas, en todas direcciones y en varias calles de extensión, se alinearon los puestos de comestibles, refrescos, golosinas y juguetes, que suelen componer el mercado de una verbena. En la Plaza de Oriente, entre las estatuas de dos reyes, tomó sitio un pintor regional, con su caballete y CACHIVACHES del oficio y sin darse por agraviado ni entendido de las muchas molestias que le causaba la muchedumbre que se le aglomeró, empuñando paleta y pinceles hizo el BOCETO de la VERBENA de Madrid, distinta en todo a las que el pintor FRANCISCO DE GOYA dejó en lienzos, y en páginas el escritor RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

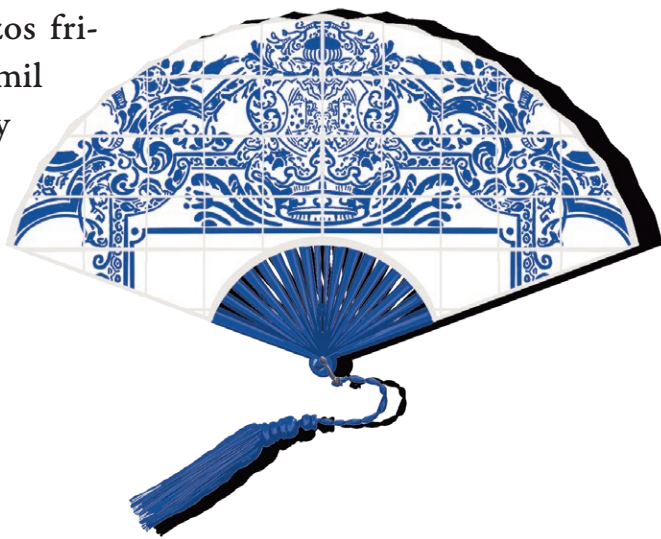
Gente subía y bajaba calle arriba y calle abajo. Con vestido corto y delantal paseaban la mayoría de las mujeres del pueblo, muy PRENDIDAS y bien peinadas, muy salerosas y llenas de gracias. Casi todas iban, como se dice cuando alguien lleva poca ropa, “en cuerpo”, no sé si por el rigor de la estación o por lucir el talle esbelto y airoso. Otras se cubrían con MANTONES de Manila, que seguramente pasaron hacía mucho por la tintorería. Pero las hembras de más señorío y competencia no se cubrían, antes se descubrían al través de pedazos de tul negro muy transparente, con el cual se envolvían la cabeza, no sé para qué. Eran estos velos los sucesores de la mantilla de a millares de PESETAS.

Los mantones de Manila, que tan familiares nos son por ofrecerlos a la vista la ZARZUELA, aquellos que nuestras abuelas usaron y nuestras madres guardaban reverentemente en el armario, como prendas de familia, los que montados en una cuerda tendida de balcón a balcón se tocaban por las puntas unos a otros, y ondulaban al impulso del viento o deslumbraban heridos por el sol mientras formaban ar-

cos a la procesión de CORPUS, no se veían ya tampoco en Madrid más que en los escaparates de los empeños. Las mantillas negras o blancas hechas a mano y por manos que labraban encajes con primor, compañeras de los multicolores tápalos chinos, que solíamos decir a los mantones porque la NAO de China nos los llevaba a México, tampoco se veían ya, sino en las tiendas de antigüedades. Por lo mismo, la transformación de la VERBENA de Madrid había sido radical.

La multitud charlatana e indiscreta de España, indiferente al fisgoneo, discutía a voces sus asuntos domésticos, mientras yo recorría al paso las calles estrechísimas, angostadas aún más por los puestos que se alineaban en ambas aceras. Y, de las cultas charlas de familia refinada en tono lastimero, a las bravatas de algún guapo que no daba de bofetadas al sol por no dejarnos a oscuras, de la paradójica alabanza al CACUMEN del predicador del día, al azucarado piropo de un GANDUL a la chica atractiva, se formaba una mezcolanza, un BARULLO, que ATURDÍA. Completaban la GREGUERÍA los vendedores pregonando su mercancía: “abanicos redondos”, “BOTIJOS”, “agua fresquita”, rebanaditas de lomo de atún conocidas como “mohama de Alicante”, esos garbanzos fritos llamados “torraos”, y mil cacharros más, baratitas y golosinas.

Las representaciones de los hombres prominentes de la política, en groseras caricaturas de cartón, valían unas



cuantas monedas. Había abanicos de todos los precios, por ser prenda nacional de la que no hay, hasta la fecha, barruntos de desaparición o sustitución. A las niñas se les colgaba del cuello un abanico tan pronto como se les descolgaba la sonaja. Entre los refrescos figuraban la horchata de almendra, aguas de CEBADA y de ZARZAPARRILLA, leche helada y GRANADINA. Entre las golosinas, las almendras garapiñadas, CHUFAS y garbanzos tostados. En los puestos abundaban carteles llamativos, uno de los cuales copio a la letra, respetando la ortografía de su autor:

“Qué almendras más ricas estas de Alcalá,
si las prueba Pepa
un veso me da.”

De seguro que lo que Pepa le habría regalado sería un diccionario de bolsillo. Empezaba a caer la sombra de la noche. La Luna, en vísperas de llenar, había salido. Cerca de su disco luminoso, como quien desea acompañarla a respetuosa distancia, asomaba Marte, nuestro vecino, nuestro amigo, el que nos hace señas de enamorado que nuestra torpeza no ha sabido comprender. Y pensar que aquí a la vuelta, a sesenta millones de leguas, lo tenemos requiriéndonos, amándonos, y nosotros... tan ciegos y tan tontos.

II DESCUBRIMIENTOS

LA PRIMERA VEZ QUE VIAJÉ EN METRO

¿RECUERDAS LA PRIMERA VEZ QUE VIAJASTE EN METRO? Yo sí, fue en el más antiguo del mundo, el de la ciudad de Londres. Lo inauguraron en 1863 y pude conocerlo en 1907, cuando era usual llamarlo The Tube, “el tubo”, pues sus túneles eran como largos cilindros. Sus estaciones eran numerosas y distaban entre sí tramos que podían recorrerse en uno o dos minutos: se conectaban con varios paraderos de otras líneas, subterráneas también, para facilitar el tráfico y acortar al pasajero las distancias con ahorro de tiempo y de HACIENDA. La velocidad media de este tren, movido por fuerza eléctrica, era de quince millas por hora, es decir, unos veinticuatro kilómetros por hora. Era el transporte terrestre más veloz dentro de la ciudad.

Pues bien, para conocerlo por dentro compré el billete de pasaje, que me costó unos cuantos PENIQUES. Luego bajé unos dos tramos de escalera de razonable extensión y seguí un pasadizo inclinado hasta llegar a la ancha puerta de un ascensor ma-



yúsculo que podía contener un mundo de gente: toda la que componía un turno de pasaje y aun más. Descendía la máquina aquella una barbaridad de metros y cuando una ya se creía instalada o por instalarse en la cocina grande y esperaba que Lucifer saliera al encuentro, se hallaba con una rampa a los pies. Por ahí seguí en pos de los que iban delante e impulsada por los que venían detrás.

Para ventilar había en cada estación gran cantidad de **BOQUETES**, **CLARABOYAS** y ventanas, en direcciones opuestas. Las corrientes encontradas que soplaban en el largo y difícil trayecto desde la taquilla hasta el ferrocarril ponían al viajero en conflicto: faltaban manos para defender los cabellos que se arrancaban de la cabeza con horquillas y todo, para recoger las faldas voladoras, para conservar la posesión del portamoneda indispensable y del consabido billetito más indispensable aún por el momento. Así iba una cuesta abajo por “el tubo”, como alma que se lleva el enemigo.

Y, por fin... el tren. Apenas apareció, nos arrojamos en montón por puertas automáticas de barrotes de hierro, que se abrieron como **POR ENSALMO**, y de la misma manera se cerraron, cuando ya habíamos entrado, dejándonos enjaulados. ¡Zas!, en marcha. Cuando se puso el tren en movimiento y me vi torcida, hecha un **ZOPO**, me puse a considerar: “Quién dijera que nos aventuraríamos a una correría de topos, sin entender los principios científicos que sirven de base a estas líneas férreas que cortan el subsuelo en todas las direcciones, y cuando cree una encontrarse de manos a boca en las fraguas de **VULCANO**, se topa precisamente con el punto deseado, cuyo nombre está escrito con azulejos, con caracteres gordos sobre el muro frontero de la estación. ¡Bendita sea mil veces la confianza en el que sabe más que

yo, en el que ha puesto a mi servicio el vapor, la electricidad, la mecánica y todo lo demás que me lleva por veinticinco céntimos donde yo quiero ir, con sólo sentarme cómodamente en una banca del tren!”

Entonces recordé aquella vez, en la Exposición Universal de Saint Louis Missouri, en 1904, cuando un hombre, que producía rayos y truenos con el uso de máquinas modernas, estaba echando un discurso sobre el aislamiento necesario en las casas de campo. Todos quedaban al parecer tan satisfechos de la explicación científica. ¿Y yo? Pues, la verdad, como si le leyeran la ILÍADA al gato.

En fin. Del “tubo” salimos como entramos, desenjaulados instantáneamente, siguiendo rampa arriba por mil VERICUETOS torciendo a la derecha, a la izquierda, hasta topar con un ascensor. Y de vuelta arriba. El pasadizo después, luego la escalera y finalmente el ancho de zaguán y la calle, con su luz tenue y amortiguada por la niebla, pero que, por contraste, se antojó alborada de país tropical.



EL ASCENSOR

OTRA SORPRESA ME DEPARÓ CONOCER EL ASCENSOR. El año era 1908. Los ascensores ya eran aparatos de comodidad indispensable en las casas de habitación europeas, por tener éstas bien contaditos cuatro pisos. Para llegar al cuarto había que echarse en el cuerpo cien o ciento y tantos escalones, así que los propietarios hicieron lugar al susodicho sube y baja, donde se pudo y como se pudo. Pero no se pudo donde debía, empezando el ascenso por máquina desde el ras de la calle, sino después del primer tramo de la escalera. Estaba en el tramo principal, el más ancho y tendido, el que da señorío a las casas y aire protector a sus RUBICUNDOS porteros.

Ahí, cada vez que un inquilino o una visita de éste venían a la casa, quisieran que no, se echaban a cuestras el tramo señorial, en cuyo RELLANO les salía al encuentro el ascensor. Llamaban a su puerta oprimiendo un botón eléctrico y asumían la actitud modesta del protegido en el instante de recibir el favor deseado. Entonces acudía el MONSIEUR PIPOTÉZ, REPICANDO LAS DE SAN PEDRO, para desempeñar su obligación o prestar un servicio; y queriendo mostrarse fuerte, superior, infatigable, humillando a los que jadeamos al tercer peldaño, él se echaba en tres trancos la escalera toda. Luego, con cierta sorna, nos decía ese rosario de cláusulas del manual para aprender idiomas firmado por Ollendorf, que los extranjeros aprendíamos de obligación en las lenguas de los países que nos hospedaban: “Hermoso tiempo, ¿no es verdad?” “¿Qué sol tan brillante!” “Hoy hace calor”.

—Sí— respondían los entrantes. Un sí tibio, a la manera del de los maridos que han cumplido tres años de matrimonio, cuando sus queridas mitades les preguntan: “¿me quieres mucho?”

ZEPPELIN

HUBO UN TIEMPO EN QUE NO EXISTÍAN LOS AEROPLANOS, ASÍ QUE EL CIELO ERA UN TERRITORIO DOMINADO POR INMENSOS GLOBOS AEROSTÁTICOS Y DIRIGIBLES. En Alemania conocí un dirigible famoso, bautizado como Zeppelin II. Era una especie de enorme globo de forma cilíndrica que flotaba rozando las nubes y transportaba a un puñado de pasajeros. Medía unos ciento veinte metros de longitud, así que era tan grande como las canchas donde los muchachos ingleses jugaban un deporte llamado fútbol, distinto, por cierto, del que se practicaba en Norteamérica.

Hubo tal entusiasmo por verlo, que las calles de Frankfort se llenaron de pendones como para recibir a un rey. De los mástiles inclinados sobre los barandales, en los balcones, a la usanza de todos esos pueblos medievales, pendían banderas desplegadas, ondeando y luciendo sus varios y alegres colores. Los músicos estaban situados en los cuatro ángulos de la plaza donde se daría posada al peregrino gigante, el Zeppelin II. En esa plaza durmió una noche para reposar del zarandeo en el espacio, durante nueve horas, pues había querido competir con el tren expreso. Mientras este pobre MAMARRACHO corría como un loco, de Friedrichshafen —al sur de Alemania— a Frankfurt —al oeste—, cubriendo la distancia intermedia en diez horas, Zeppelin II se midió con las aves, destacándose ora sobre NIMBUS que amenazaban con lluvia, ora sobre LÍMPIDO cielo azul. Se había anunciado, por periódicos y en carteles fijos por todas partes, que Zeppelin descendería al sitio mencionado a las tres de la tarde. La gente quería verlo posarse en tierra para creer en el mila-

gro de que el hombre había logrado volar sin alas. Tal fue la ALHARACA de crédulos e incrédulos que, de muchos puntos, no siempre cercanos, llegaron espectadores a millares. En las calles se andaba con dificultad, los jardines estaban atestados de forasteros y el recinto de la Exposición, con no poder ya contener un alma de más, mantenía abiertas sus taquillas y de par en par sus zaguanes, para dar entrada a los millares de hombres, mujeres y niños que, por remesas sucesivas, arrojaban los ferrocarriles y los vapores que hacen el tráfico entre los ríos Rhin, en Alemania, y Maine, en Francia. No hubo asiento en las tribunas que se quedase sin vender, no obstante su alto precio. Los compradores del privilegio de ver el desembarco del ilustre CONDE FERDINAND DE ZEPPELIN —a quien debe su nombre el dirigible— y sus valientes compañeros, se instalaron en su sitio desde la diez de la mañana los menos madrugadores, provistos de FIAMBRES con que matar el tiempo y, sobre todo, la RASQUERA del estómago.

Serían las dos de la tarde cuando los vigilantes, instalados en las torres, divisaron EN LONTANANZA un punto movedizo que se agrandaba al adelantar.

Comunicaron la noticia y entonces se soltaron lo repiques a vuelo, el retumbo de los cañones y las hurras entusiastas de la multitud. Con todo, a simple vista nadie percibía bulto alguno, por lo que muchos se creyeron burlados, mayormente aquellos a quienes había sacado de sus casas y levantado de sus mesas el cañoneo. En ese rato de incertidumbre, los cordones de gente se alargaban y torcían en todas direcciones, cada coche abierto se tornó en tribuna ambulante, los asientos se convirtieron en pedestales, los tejados y azoteas se coronaron





de masa viviente y los balcones se tupieron de personas cómodamente situadas, como si esperasen presenciar la entrada de CARLOMAGNO una vez más, o un auto de fe de la SANTA INQUISICIÓN.

Algunos minutos, que parecieron horas a los que esperaban, transcurrieron sin que nada apareciese ni ante la vista natural de los más perspicaces, ni en el campo de los anteojos marinos y de teatro, apuntados en varias direcciones. De repente, cuando el desaliento empezaba a asomar entre los hombres sin fe, y cansados de despescuezarse por ver en todas direcciones, Zeppelin II, rasgando al parecer las nubes, apareció en la lejanía, presentando su PROA a la impaciente y azorada multitud. Nuevas hurras lo saludaron. Con rapidez que no lo pareció a los ya cansados de la larga espera, avanzó el aéreo-buque y siguió adelantando y tomando forma, y descendiendo gradualmente. Primero parecía un gusano arrastrándose sobre las nubes, luego apareció como un cigarro enorme, del que pendían dos canastillas humeantes. Pero al bajar resueltamente a la plaza donde se le esperaba, parecía un monstruo gigantesco que iba a aplastarnos. La constancia de un anciano y su fe en la ciencia habían vencido.

Al siguiente día el buque aéreo estuvo en exhibición. Tuvimos ocasión de contarle los anillos de su armadura, examinar la tela que la envuelve y admirar el mecanismo de la maquinaria; al parecer, juego de chiquillos. Entretanto, al Conde de Zeppelin, autor del maravilloso Zeppelin II, lo traían las autoridades y personas distinguidas de la ciudad de aquí para allá, con triunfos y aplausos. Hasta aquí todo fue ventura y éxito.

Al tercer día, la misma multitud entusiasmada aún más, se aglomeró alrededor de la plaza a despedir a Zeppelin II. Iba a emprender el viaje a la ciudad de Colonia, donde ya le esperaban con las calles compuestas y colgadas de banderas. Toda Hamburgo vio desde sus balcones el gallardo buque mecerse graciosamente en el espacio y desaparecer en la lejanía. Nadie, en su orgullo patrio, pensó en decirle un “Vaya con Dios” o un “Dios te guarde y te guíe,” hinchados como estaban todos con el bien logrado. Pero como no todo ha de ser vida y dulzura, el triste Zeppelin se encontró en su camino una formidable tempestad que lo arruinó, obligándolo a volver atrás. Y a eso de las diez de la noche, cuando nadie se lo esperaba, con un propulsor desarmado, Zeppelin II entró tímido y silencioso en la plaza principal, como vuelve al nido el halcón con un ala rota. La cruel naturaleza había vencido a Zeppelin II en ese otoño de 1909.



ISADORA DUNCAN Y RITA SACCHETTO

“**L**OS VIAJES ILUSTRAN”, DICEN POR AHÍ Y DICEN BIEN. También ofrecen momentos de regocijo. Por ejemplo, el que experimento al recordar a ISADORA DUNCAN, esa hermosa americana, osada como todas sus compatriotas, que se descalzó de pies y piernas para bailar ciertos bailes rehechos por ella, sacándolos de los cuadros clásicos que llenan los museos de Europa. Eran una combinación de posturas de NINFAS, CUPIDOS y demás figuritas danzantes, puestas en movimiento, como si a los tales miembros les hubiesen dado cuerda. La Duncan, además, se hizo componer música por buenos maestros, o espigó entre los clásicos antiguos, muy antiguos, la que le pareció adecuada a su plan.



Otra bailarina, RITA SACCHETTO, emuló a Isadora, cuyos triunfos en la corte imperial hicieron ruido. Rita era una preciosa criatura procedente de Baviera, Alemania, y no quiso quedarse atrás. Tampoco se conformó con los brinquitos al aire y las carreritas de arriba a abajo del PROSCENIO, sobre las puntas de los pies. Conocedora del gusto novedoso del día, trató de transformar el arte coreográfico, lo cual le valió aplausos y dinero.

Era en verdad difícil idear algo más original y más bello que la resurrección del baile antiguo de griegos y romanos, llevado a cabo por la Duncan. Pero la Sacchetto, guiada por el instinto femenino, que rara vez o nunca falta, comprendió que el logro de su esperanza estaba en la antítesis: si la Duncan se desnudaba para bailar, ella debía vestirse mucho. “Tú te vas por aquí —se dijo— pues yo por allá”. Así RITA SACHETTO se puso a imitar los vestidos abundosos en telas pesadas de los personajes de los cuadros de los pintores ingleses THOMAS GAINSBOROUGH y SIR JOSHUA REYNOLDS. Interpretó su actitud y sus movimientos derramando decoro y poniendo al fin en acción a la vieja corte de Inglaterra; al son de los minuets de WOLFGANG AMADEUS MOZART y de GEORG FRIEDRICH HÄNDEL, logró cautivar a la época presente. La especialidad de la Sacchetto consiste en tipificar personajes históricos o legendarios, celebrados por los grandes poetas y representados, en lienzo, por los más famosos pintores

británicos.

EL BALLET RUSO Y EL ZAR NICOLÁS ROMANOV

MÁS PARTICULARMENTE AFICIONADO A LAS *CABRIOLAS* Y *PIRUETAS* DE LAS DANZARINAS ES EL **ZAR DE TODAS LAS RUSIAS**, QUIEN SOSTIENE EN SAN PETERSBURGO UNA ESCUELA DE BAILE *SUI GENERIS*. En un salón contiguo al teatro, que mide una calle de extensión, centenares de graciosos chiquillos de los dos sexos hacen su ensayo general.

Hay varias escuelas de baile para niñas y niños, internos, medio internos y externos, donde además se imparte a los educandos instrucciones en las materias que componen el curso escolar en Rusia, y declamación y música también. Todos los alumnos visten uniforme azul. Cuando cumplen diecisiete años de edad son llevados al Teatro de la Ópera a formar parte de los **BALLETS** imperiales donde, si lo hacen a satisfacción del Zar, permanecen veinte años de bailarines, el tiempo preciso para que la belleza y la perfección de las formas se conserve inalterable. Naturalmente el que se afea o se vuelve lisiado por accidente, sale de un vuelo de la compañía. Pero el que tiene la suerte de durar en los ballets hasta cumplir los treinta y siete años, sea

que esté feo o bonito, recibe una pensión vitalicia.

Para sostener las escuelas de baile, el Zar gasta de su bolsa cinco millones de **RUBLOS** anualmente. O sea, en nuestra moneda, diez millones de pesos. En cambio, de los cien millones de habitantes del imperio moscovita, dos terceras partes no saben leer por falta de escuelas. Y sabido es que en relajación de costumbres los rusos no tienen otros competidores que los franceses. Sólo que los súbditos del Zar se pasan de desgarbados y sosos, mien-



tras que los picarescos GABACHOS son la gracia del mundo.

CARUSO EN NUEVA YORK

HAY COSAS GRACIOSAS Y OTRAS QUE NO LO SON. Allá por 1907 nos quedó claro que ser famoso no es razón para quebrantar la ley sin que haya consecuencias. Te explico: apenas iniciado aquel año, los periódicos de Francia, Italia y Alemania armaron gran escándalo debido al arresto del tenor italiano ENRICO CARUSO, en Nueva York. Especialmente los franceses se soltaron en insultos y burlas contra lo que ellos llamaron GAZMOÑERÍA de los norteamericanos, y terminaron aconsejando a los artistas célebres desistir de surcar el océano en pos de laureles, pues éstos ni escasean en Europa ni el público del VIEJO MUNDO suele regatearlos a quien merecido se los tiene.

Con perdón de los señores periodistas, confesaré que el consejo me pareció de difícil acogida. Los artistas notables, si bien es cierto que son festejados y laureados en este culto continente, no perciben salarios crecidos, sino por rara excepción. Por ejemplo, cuando se trata de verdaderas estrellas de teatro, en cuyo caso les ofrecen una cantidad en dólares que multiplica por cuatro o cinco la de las monedas europeas. Y en esos casos van comprendidos los gastos de viaje y a veces los de residencia y alimentación en hoteles y fondas de primera

clase.

Una vez en América, los artistas se adueñan del corazón del público y de su entusiasmo, por lo que son objeto de sinceros aplausos y testimonios de admiración. Más aún, en las repúblicas latinoamericanas hasta los artistas mediocres, que por cualquier cosa se dejan ver en los teatros de segunda categoría en Europa, reciben coronas y regalos valiosos, amén de abundantes remesas de monedas más o menos depreciadas que, aun así, sacarían de pobre a cualquier actor o actriz, si la carrera de las bambalinas no viniese ordinariamente aparejada con hábitos de desorden y disipación.

Uno de estos pecadillos de inadvertencia seguramente orilló a Caruso a excederse en sus irrespetuosas demasías hacia una mujer en el parque de Nueva York, cuando la ofendida, amparándose de la ley, pidió la aprehensión del culpable. ¿Se debe reprochar a una mujer porque pide ser respetada? Contesten los lectores, pero no sin meditar antes largamente en la respuesta.

Cuando en México el Gobernador del Distrito, un año antes, mandó barrer con todos los haraganes que LAGARTIJEABAN a lo largo de las calles de Plateros y San Francisco, su determinación fue alabada por todos. ¿Y qué eran aquellos delincuentes, sino otros Caruso sin el privilegio de las gargantas de ruiseñor? Si alguno de los que fueron conducidos por el gendarme a la comisaría hubiera alegado ser un famoso doctor, un ingeniero de nombre, o abogado notable, o émulo de cualquiera de las artes bellas, ¿le habría dicho el comisario que sus habilidades le daban facultad de arrojar sus piropos sobre las mujeres

que acertasen a cruzarse con él?

Debo decir que en esa época era grato pasear a la puesta del sol por la arteria principal de la Ciudad de México, cuando los coches aflojaban el paso para que se enfriaran los caballos usados como bestias de tiro. Aquellos coches formaban una doble fila de luces que engalanaba la estrecha avenida y, quizá por la espontaneidad con que fue poco a poco haciéndose hábito divagar por allí entre dos luces, la gente gozaba en su paseo. Éste se habría hecho imposible antes de la sabia medida del Gobernador. Pues bien, sin la enérgica ley moral de los Estados Unidos, que pedía respetar no sólo a la mujer buena, sino a la que no lo era también, no habría sido posible adelantar a la calle un pie.

El pecado del tenor italiano fue bastante ligero, VENIAL: miró a su acusadora de manera insinuante y maliciosa, acostumbrado quizá a empezar sus conquistas amoratorias por “echar ojos”. Por eso la pena fue leve también: diez dólares de multa, amén del disgusto de saber que no era inviolable cuando cuatro fornidos agentes de policía forcejearon con él, y la vergüenza de haber sido sacado ante un jurado popular. Y, claro, el mal rato en el calabozo de detención hasta que un empresario de Broadway fue a pagar su multa, no ha de haber sido de

los que se olvidan pronto.

LAS NUEVAS MUJERES MEXICANAS

“¿SE DEBE REPROCHAR A UNA MUJER PORQUE PIDE SER RESPETADA?”, pregunté antes. El mundo está en constante cambio y uno de los más emocionantes ocurrió al iniciar el siglo XX, y tuvo que ver precisamente con las mujeres. Antaño eran consideradas seres pasivos y secundarios, pero en 1887 obtuvo su título de doctora la joven MATILDE MONTOYA, la intrépida que disputaba a las PARCAS su presa, empuñando el ESCALPELO y el FÓRCEPS. En 1898, ASUNCIÓN SANDOVAL, apasionada locamente de la justicia, buscó en la ciencia del derecho la fuente donde beber sus aguas no ensuciadas por el soborno y la codicia. Fueron la primera doctora y la primera abogada de México, respectivamente. Una y otra siguieron por sendas pedregosas y erizadas de espinas antes de que el mundo reconociera en la tímida y dulce compañera del hombre la grandeza de miras que la impulsa a la aridez del despacho legal y los microbios del hospital.

En esa época ya había vendedoras en espacios mercantiles, encargadas de la contabilidad (entonces llamada “teneduría de libros”) en los negocios, secretarias y telefonistas. También estábamos las profesoras y las escritoras. Un ejército saliendo de casa para forjarse una vida. Por eso, en enero de 1906 describí a la nueva mujer mexicana de

esta manera:

“El amanecer la encuentra atareada, poniendo presentable la propia persona para marcharse a la oficina, el taller, la fábrica o la tienda, a la hora en que los miembros masculinos de su familia, TRASIJADOS y trasnochados por la juerga de la víspera, todavía se asfixian entre las mantas del lecho. El mediodía le da una colación engullida de prisa, y al atardecer, se la ve por esas calles de Dios, taconeando con paso menudito, sola, con su juventud y su responsabilidad a cuestas, rumbo al hogar, sintiéndose feliz porque a nadie debe su pan, porque se basta a sí misma, y no será menester dejarse atrapar en la red del matrimonio por temor del desamparo, la orfandad y la miseria. Se casará como quiera, con quien quiera y cuando quiera; y si no le conviene, permanecerá soltera sin vestir santos ni criar sobrinos, pues ocupaciones que la enriquezcan no han de faltarle, mientras tenga en el cuerpo y en la mente energía vital”.



Y así fue como inauguramos el siglo XX.

Glosario

A GUISA DE: a manera de.

A LA CALLANDITA: calladamente, silenciosamente.

ACACIA: un tipo de árbol.

ADALID: dirigente, líder.

AGUARDIENTE: bebida alcohólica.

AGUINALDO: regalo.

AJENJO O ABSENTA: bebida alcohólica de color verde, por lo que también es conocida como “Hada verde”.

ALBIÓN: nombre antiguo de la Gran Bretaña.

ALBOROZO: alegría, regocijo.

ALFAJOR: especie de galleta dulce.

ALFORJA: bolsa, contenedor.

ALFRED DE MUSSET (1810-1857): escritor francés.

ALHARACA: alboroto, bullicio.

ALIMAÑA: animal dañino y despreciable.

AMORTAJADO: envuelto en sábanas.

ANGLOPARLANTE: que habla inglés.

ARREMOLINAR: formar remolinos, amontonarse.

ASUNCIÓN SANDOVAL (1868-1943): primera abogada mexicana.

ATERIDO: entumecido, congelado.

ATURDIR: causar confusión, desconcierto.

ÁVIDA: ansiosa.

BAGATELA: objeto de escaso valor.

BARRUNTO: indicio.

BARULLO: confusión, desorden.

BELEÑO: planta que produce sueño.

BENITO JUÁREZ (1806-1872): presidente de México.

BIZANTINO: estilo artístico europeo oriental antiguo.

BOCETO: apunte general para hacer una obra de arte, por ejemplo, una pintura.

BOQUETE: abertura estrecha, reducida.

BOTIJO: vasija de barro.

CABRIOLA: brinco durante el cual se cruzan varias veces los pies en el aire.

CACHIVACHE: utensilio.

CACUMEN: agudeza, ingenio.

CARLOMAGNO (742-814): emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

CARTAPACIO: carpeta.

CEBADA: cereal con el que puede prepararse una bebida refrescante.

CHAPARRAL: arbusto de poca altura.

CHUCHERÍA: objeto pequeño o golosina.

CHUFA: tubérculo pequeño que puede comerse como botana.

CLARABOYA: ventana ubicada en una zona alta.

COMILONA: comida abundante y variada.

COPLA: canción.

CORPUS CHRISTI: celebración católica.

COSO: plaza donde se torea.

COTORRA: persona platicadora.

COYUNDA: correa.

CUADRIGA: carro arrastrado por cuatro animales.

CUPIDO: en la mitología, dios del amor.

DE BOTE EN BOTE: de extremo a extremo, lleno.

DEHESA: prado, campo.

DE PICO MUY BAJO: con desánimo o tristeza.

DILIGENCIA: prontitud, rapidez.

DOSEL: cortina.

DRUIDA: sacerdote de los antiguos británicos y franceses.

ÉBANO: madera negra.

EMBALDOSADO: pavimento.

EN LONTANANZA: a lo lejos.

ENRICO CARUSO (1873-1921): cantante italiano, fundamentalmente de ópera.

ENRIQUE IV (1553-1610): rey francés.

ENSOBERBECER: hacer soberbio, altivo.

ESCALPELO: pequeño cuchillo médico.

ESTÍO: verano.

EXTRANJIS: forma coloquial de llamar a un extranjero.

FALSETE: voz más aguda de lo normal.

FERDINAND DE ZEPPELIN (1838-1917): se le atribuye la invención del Zeppelin.

FIAMBRE: carne asada o cocida que se sirve fría.

FÓRCEPS: instrumento en forma de tenaza para ayudar a extraer a los bebés durante un parto.

FRANCISCO DE GOYA (1746-1828): pintor español.

GABACHO: forma despectiva de llamar a los franceses.

GANDUL: holgazán, malicioso.

GAZMOÑERÍA: mojigatería, hipocresía.

GEORG FRIEDRICH HÄNDEL (1685-1759): compositor de música, de origen alemán.

GOLD MEN: hombres de oro, adinerados.

GÓTICO: estilo arquitectónico católico de origen alemán.

GRANADINA: refresco hecho con jugo de granada.

GREGUERÍA: gritería.

HACIENDA: bienes, riquezas.

HEDOR: pestilencia, mal olor.

HEINRICH OLLENDORF (1802-1865): lingüista que elaboró un método para aprender idiomas.

IBÉRICO: de la península ibérica, relativo a España en este caso.

ILÍADA: poema épico griego, atribuido a Homero.

INCONMENSURABLE: inmenso, enorme.

INCURIA: negligencia, desidia.

ISADORA DUNCAN (1877-1927): bailarina y coreógrafa norteamericana.

JORNAL: salario, pago por la jornada de trabajo.

JOSHUA REYNOLDS (1723-1792): pintor británico.

KAFTÁN: en países fríos, es una prenda gruesa y larga hasta los tobillos, ajustada en la cintura.

LAGARTIJEAR: coloquialmente, quienes pierden el tiempo en la calle.

LEGUA: unidad de medida que equivalía, aproximadamente, a cinco kilómetros y medio.

LIBAR: saborear un licor.

LÍMPIDA: limpia, pura.

LINTERNA MÁGICA ESTEREOPTICÓN: proyector de imágenes ampli-
ficadas.

LUCRATIVO: que produce ganancias.

MAMARRACHO: adefesio, ridículo.

MANTÓN: especie de pañuelo grande para cubrir los hombros.

MAREMÁGNUM: abundancia, confusión.

MAXIMILIANO DE HABSBURGO (1832-1867): emperador mexicano.

MATILDE MONTOYA (1858-1938): primera médica mexicana.

MENDIGO: persona que pide limosna.

MENESTER: ocupación, necesidad.

MILLA: alrededor de 1.6 kilómetros.

MONDO: limpio.

MOSCA: expresión coloquial para referirse al dinero.

MONSIEUR PIPOTEZ: juego de palabras que podría traducirse como
“Señor transportador”.

NAO: embarcación, nave.

NICOLÁS ROMANOV (1868-1918): emperador de Rusia.

NIMBUS: nimbo, nube grisácea, portadora de lluvia.

NINFA: en la mitología, las ninfas son deidades del agua y el bosque.

NONAGENARIO: persona de noventa y tantos años.

ODALISCA: mujer que vive en un harén.

OPULENTE: abundante, rica.

PARCAS: en la mitología son quienes controlaban el hilo de la vida.

PENDOLISTA: persona que escribe con muy buena letra y que lo hace

por encargo. Pendón: bandera, estandarte.

PENIQUE: moneda británica de baja denominación.

PESETA: moneda usada en España hasta el año 2002.

PINÁCULO: cima, cúspide.

PINGÜE: copiosa, abundante.

PIRUETA: salto durante el cual se dan varios giros.

PIZARRÍN: barrita de lápiz o gis, que sirve para escribir o dibujar.

POLICHINELA: personaje de aspecto cómico.

POR ENSALMO: expresión usada para referirse a algo que se consigue rápida e inexplicablemente.

POSTIGO: puerta falsa.

PRENDIDITA: adornada.

PROA: parte delantera de una embarcación.

PRÓCER: persona importante.

PROGENITOR: madre o padre.

PROLE: descendencia.

PROSCENIO: en el escenario teatral es la parte más cercana al público.

PURPURINA: de color rojizo.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS (1803-1882): escritor español.

RASQUERA: picazón, comezón, molestia.

RELLANO: tramo de descanso en una escalera.

REPICANDO LAS DE SAN PEDRO: alude a hacer sonar las llaves del reino de Jesús que, según el catolicismo, San Pedro recibió para admitir a los creyentes.

RITA SACCHETTO (1880-1959): bailarina de origen alemán.

RUBICUNDO: saludable, de buen color.

RUBLO: moneda rusa.

SANTA INQUISICIÓN: institución creada para promover, a veces violentamente, la fidelidad al catolicismo.

SINAGOGA: edificio religioso judío.

SINIESTRO: maligno, aciago.

SUFRAGISTA: persona a favor del sufragio o voto de las mujeres.

SUI GENERIS: especial, excepcional, particular.

SURIANO: del sur de México.

SUSAN B. ANTHONY (1820-1906): sufragista norteamericana.

TERTULIA: reunión.

TIEMPO DE PERROS: expresión que alude al mal tiempo.

TILO: un tipo de árbol.

THOMAS GAINSBOROUGH (1727-1788): pintor británico.

TRAGAR GORDO: aguantarse, resignarse.

TRASIJADO: desmejorado.

TRONERA: abertura para disparar cañones.

URNA: caja para depositar votos u otros objetos.

VENIAL: entre los católicos, se trata de un pecado o falta leve, de escasa importancia.

VERBENA: fiesta popular.

VERICUETO: lugar difícil de caminar.

VIANDANTE: persona que viaja a pie.

VIEJO MUNDO: expresión coloquial para referirse a los territorios conocidos por los europeos antes de América: Europa, Asia y África.

VULCANO: dios romano del fuego.

WHISKY: bebida alcohólica.

WILLIAM JENNINGS BRYAN (1860-1925): político norteamericano.

WILLIAM MCKINLEY (1843-1901): presidente norteamericano.

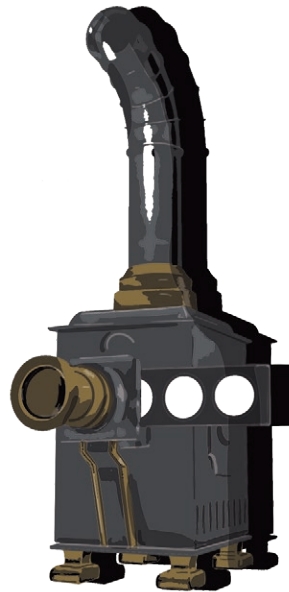
WOLFGANG AMADEUS MOZART (1756-1791): compositor de música austriaco.

ZACAPOAXTLAS: nativos de Zacapoaxtla, Puebla.

ZARZAPARRILLA: arbusto cuyas raíces sirven para elaborar una bebida refrescante.

ZARZUELA: obra musical y escénica de origen español.

ZOPO: persona con pies y manos contrahechos, torcidos.



**ANDARIEGAY CURIOSA:
LAURA EN ESTADOS UNIDOS Y EUROPA**

Se terminó de imprimir en abril de 2026 en los
talleres de Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.,
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos, C.P. 03800,
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México,
con un tiraje de 50 ejemplares.



DÉJAME QUE TE CUENTE

SERIE **CLÁSICOS MODERNOS**

LA COLECCIÓN **DÉJAME QUE TE CUENTE** OFRECE ADAPTACIONES DE GRANDES OBRAS LITERARIAS E HISTÓRICAS DE TODOS LOS TIEMPOS PARA ACERCARLAS A LOS LECTORES JÓVENES, REALIZADAS DESDE EL ÁMBITO UNIVERSITARIO Y CON EL PROPÓSITO DE DIFUNDIR NO SÓLO LAS HISTORIAS SINO TAMBIÉN EL ESTILO DE SUS AUTORES.

CADA ADAPTACIÓN DE LA COLECCIÓN POSEE CARACTERÍSTICAS SINGULARES, CADA UNA ES UNA PROPUESTA DE LECTURA PARTICULAR QUE SE BASA EN LOS TEXTOS ORIGINALES PARA FORMAR UN PUENTE ENTRE LOS LECTORES DE HOY Y LA CULTURA LITERARIA E HISTÓRICA DE LA QUE FORMAMOS PARTE.

A TRAVÉS DE SUS TRES SERIES —CLÁSICOS NOVOHISPANOS, CLÁSICOS ESPAÑOLES Y CLÁSICOS MODERNOS— **DÉJAME QUE TE CUENTE** NOS PRESENTA PROTAGONISTAS SINGULARES, CAMINOS LLENOS DE AVENTURAS Y EMOCIONES, LENGUAJES SONOROS E IMÁGENES LLAMATIVAS QUE AMPLIARÁN EL MUNDO DE SUS LECTORES.